

Capítulo 5

Martín y Ceferino: el hombre de la cicatriz

La vida, en su azar incontrolable, es caprichosa y capaz de unir bajo el mismo cielo, bajo el mismo techo, en el mismo tren, a personas antagónicas, que reflejan polos opuestos de la sociedad en valores y creencias. Un viaje en tren movido por fines distintos y, sin embargo, dos individuos se alojan en el mismo departamento, se asoman por la misma ventanilla y casi comparten un mechero para encender sus cigarrillos de picadura de tabaco. El bien y el mal. Un metro escaso de distancia separa al uno del otro, a veces ni eso. Y el encuentro de estos seres, tan solo un brevísimo instante, puede resultar suficiente para dejar un poso en su memoria, si es que de nuevo el azar los vuelve a encontrar. Me pregunto si realmente existen esos polos antagónicos o si tienen en común algo más de lo que pudiera parecer...

En la mañana de febrero de 1950 en que subí al tren automotor el frío se colaba a sus anchas por las ventanillas mal cerradas y medio rotas por el trote constante. Los guantes de cuero marrón que nos habían dado en la academia de policía prevendrían a duras penas la aparición de los sabañones tozudos que luchaban por salir entre mis dedos. La helada de la noche anterior cubría los páramos de Sarrión de un color blanco, fino y pálido, que no llegaba a ser como la nieve, pero que penetraba con toda su fuerza en la vegetación quemándola hasta la raíz.

Será por eso que en estos páramos sólo pueden crecer las encinas truferas, que han sobrevivido a estas heladas durante generaciones. Será también por eso que los que nos vemos forzados a marchar de estas tierras nos llevamos nuestra raíz a cuestas. Al llegar a nuestro destino la dejamos parapetada en un rincón de la memoria, regándola tan solo de vez en cuando, para mantenerla con un hilo de vida, por si toca volver.

Me sentía extraño, con una mezcla de excitación por el futuro, de nostalgia por mi mujer —a la que había dejado en la estación, aterida de frío— y, sobre todo, por la incertidumbre.

Hacía ya un buen rato que había terminado un bocadillo de longaniza en conserva, aceitoso y frío, y después de cinco horas de viaje aún me encontraba en Sagunto, de pie, en un andén bordeado de naranjos. Allí tenía que enlazar con el expreso procedente de Almería, que venía repleto de inmigrantes que habían abandonado el sur. Yo debía de tener la misma cara de cansancio que ellos; la única diferencia era que, en lugar de llevar chaleco negro y pantalones a rayas, me protegía del frío con el capote del uniforme gris de la policía y una gorra de plato. También, a diferencia de la mayoría, cuando llegara a mi destino yo tendría un trabajo y una habitación donde dormir, aunque mi cama estuviera en los semisótanos del cuartel de la plaza de España.

Por fin llegó el tren, con dos horas de retraso, lenta y pesadamente, como con desgana. Conseguí subirme a trompicones y me costó un buen rato hacerme un hueco en el que apoyar mi maleta desgastada. Amontonados, dormitaban niños de caras sucias y adultos de miradas perdidas que se aferraban a sus propiedades ambulantes con toda la fuerza que les quedaba después de una noche y un día enteros de mal viajar y mal dormir. Nadie leía ni hablaba. Ni siquiera los más pequeños se atrevían a romper con su llanto el silencio que llenaba los vagones de aquel tren borreguero, de puro agotamiento. Los pasajeros se iban turnando para descansar aunque solo fuera un rato en los incómodos asien-

tos de escay verde, parcheado y pegajoso, de los compartimentos del tren. El cansancio los había convertido en unos fantasmas ojerosos, que vigilaban con recelo sus colchones doblados y atados con una cuerda de esparto, los macutos de ropa plegada con precipitación y las cestas con fruta y pan duro. Estas posesiones eran la única prueba que les quedaba de una vida anterior que, en solo un día, veían ya lejana y perdida.

Yo leía, o hacía que leía, el último número de una revista taurina que había comprado en la estación y, sobre todo, les miraba, intentando adivinar el futuro que les esperaba, que nos esperaba a todos.

La mayoría de ellos habían abandonado una miseria conocida por la que aún estaba por llegar, malvendiendo sus casas del pueblo, cansados de cerrarle las puertas al hambre.

A su llegada, iban a tener que hacerse un hueco en alguna de las chabolas que se habían ido amontonando desordenadamente en las afueras de la ciudad, en el Somorrostro húmedo y ventoso o en las colinas de Montjuic. Estas barriadas habían crecido para dar cobijo a los trabajadores de las exposiciones universales, gloria de tiempos pasados, que habían hecho brillar la ciudad de Barcelona en el mundo. Muchas de ellas estaban construidas en la orilla de los ríos y del mar, donde la humedad se cebaba en los huesos y las aguas insalubres se cobraban las vidas inocentes de los niños y los ancianos a quienes nadie les había preguntado si querían nacer o morir allí.

Pero no había marcha atrás, ellos ya lo habían dejado todo y era una vergüenza perder el poco orgullo que les quedaba volviendo al pueblo habiendo fracasado.

De vez en cuando escapaba a mis pensamientos y me concentraba en mis vecinos de compartimento. Un niño pecoso y sucio, sentado enfrente de mí, llegó a sonreírme en algún punto del viaje, creo que a la altura de la provincia de Castellón. Aunque no era fácil encontrarse con una sonrisa en aquel tren, los más

pequeños seguían teniendo la mirada curiosa de quienes tienen todo el futuro por descubrir y la vida por vivir. El niño miraba con los ojos tan abiertos la morcilla que me había guardado para cenar, que tuve que compartirla con él.

A mi lado, se sentaba un individuo de mirada bestia, hostil, de mala gente. Tenía la mejilla derecha atravesada por una cicatriz reciente, grande y fea. Era un tipo nervioso que no dejaba de mover las piernas y las manos.

Salí a fumar al pasillo y al poco rato, el hombre de la cicatriz se me acercó y me pidió fuego para el cigarro.

—Hola, paisano; tiene que ser un trabajo feo ese de policía. Yo nunca he visto de cerca a ninguno de los tuyos, pero picoletos de tricorno, he conocido a unos cuantos. Rondaban por nuestras casas como perros rabiosos cuando el señorito denunciaba que alguno del pueblo había mirado a su mujer más de la cuenta o le había cogido cuatro peras del huerto. ¿Sabes qué? A veces, alguno de esos guardias tenía luego percances que nadie se explicaba o se encontraban una gallina descabezada al llegar a sus casas cuartel. Y es que hay muy mala gente por el mundo, paisano, no sé si me entiendes.

Me lo quedé mirando con todos los músculos de la cara en tensión, midiendo mi reacción. El era un tipo listo, estudiaba cada movimiento, cada pensamiento. Sabía que yo no iba a responder a la provocación, no estaba de servicio y no había motivos suficientes que justificasen el uso de mi autoridad. Aún así, algo en mi interior me empujaba a poner distancia, a no ceder al impulso de facilitarle el fuego para el cigarrillo, a marcar el territorio de alguna manera. En aquella época encendíamos los cigarrillos con una mecha de fibra unida a una piedra, que al girar producía una chispa y la encendía.

—La mecha se ha quedado sin piedra. Otra vez será. —Y apagué mi cigarrillo, aún encendido, en el cenicero metálico que colgaba de la pared de la ventanilla. De mí no iba a conseguir lo que necesitaba.

Tuve la certeza de que volveríamos a encontrarnos; presentía que en algún momento del futuro su sombra y la mía se cruzarían y se quedarían quietas, inertes, por un instante. Esa imagen me acompañó durante muchas de mis largas noches insomnes. Aún me acompaña, a mis noventa y tres años recién cumplidos; se refleja en la ventana y se desdibuja cuando concentro en ella mi mirada.

El hombre se giró sobre sus talones sin decir nada más. Tras escupir en el suelo del vagón se marchó como había venido, con su mirada fija en el horizonte vacío. Lo perdí de vista y no lo volví a ver en todo el viaje.

De los demás ocupantes del tren, me imaginaba para mis adentros que, más tarde o más temprano, acabaría teniendo que detener a alguno por robar comida en algún puesto del mercado de la Boquería o por traficar con tabaco o por acabar atrapado entre los desheredados sin futuro, reclutados por las redes del estraperlo, el mercado negro que había florecido a expensas del racionamiento de alimentos y bienes de consumo. Pero esos serían los menos. La mayoría se dejarían la piel trabajando en las fábricas y en los andamios de sol a sol, buscando un trabajo que pocas veces les daba para vivir.